

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7.50 id. La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.

Condiciones.—El pago adelantado en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales París: Mr. A. Lorete, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fiske, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalemstrasse, 46-49.—La correspondencia al Administrador.

DE POLÍTICA

Elecciones municipales

La lucha electoral de mañana plantea á Cartagena una grave cuestión cuyas consecuencias han de influir profundamente en su concepto y en su vida.

De un lado están los partidos políticos: conservadores, liberales republicanos y socialistas. Todos ellos luchan con desinterés y entusiasmo por un ideal y con el noble anhelo del acierto en la administración del pueblo: realizan sus fines propios como partidos. Todos ellos tienen su programa y han concurrido con sus órganos en la prensa á la crítica seria y al análisis sincero de una multitud de problemas locales. Se conocen sus orientaciones en todo y los parciales de cada una saben á que atenerse, á donde van.

Pero enfrente de estas fuerzas organizadas, lucha un conglomerado enteramente anónimo respecto de ideales, sin programa —ya que el del antiguo bloque fué deshonrado por estos residuos— que aún lo explotan sin que en la prensa, donde tiene orgullo estrepitoso, haya sostenido jamás idea ni solución alguna del orden político administrativo y económico relacionada con el interés de Cartagena.

Es ese conglomerado el artificio forjado por una ambición exclusivamente personal, explotando la injuria y la difamación en todas sus repugnantes formas; estimulando los males instintos y las rivalidades de todos los órdenes. No tiene nombre de partido porque no lo ha sido nunca; tísne el de su explotador; se llama *vasismo*. Aspira al peor de los caciquismos: al caciquismo de la ignorancia; y como es cobarde; á la tiranía del terror y todo ello en exaltación y en provecho de un logrero que sor-

prendiendo la buena fe de unos y aprovechando torpezas y errores de otros, llegó á puesto inmerecido que no supo llenar y que no utilizó más que en su provecho.

El *vasismo* quiere á toda costa conservar lo que realmente defraudó á equivocados y á ilusos y libra su batalla con aquellas armas ilícitas de la injuria y de la difamación.

Su garantía y su defensa es el desorden y la anarquía; los patos en la caa del pueblo para ahogar la voz acusadora de sus adversarios, la algarada callejera que lo presente heroico y popular y otros exesos del farandulismo más vulgar.

El dilema para Cartagena es bien claro y las enseñanzas de estos dos últimos años ya no disculparían una segunda equivocación. Si Cartagena la sufriera habría que resignarse á reconocer que merecía estar desgobernada y explotada por el más desenvuelto y osado de los farsantes.

El ascenso de Azcárraga

Madrid 11-9 m. En los círculos políticos y entre militares de alta graduación, se dice que será ascendido á Capitán general, el expresidente del Consejo y del Senado don Marcelo de Azcárraga y Palmero, en la vacante que ha dejado Lopez Domínguez.

Se desconoce el fundamento que esta noticia pueda tener.

Retórica local

Yo que vivo en la Glorieta, casi enfrente del Cacique, voy á hacerle, aunque se pique, una placida cuarteta.
Al bravo Napoleón, y á su intrépida cuadrilla, voy á hacerles, con perdón, una irascible quintilla.

Al tenaz Apoinario, de Pozo-Estrecho eminencia, voy á hacerle, con licencia, un *soneto* estrafalario.

Al Gran Maimón-Mojatar, y á sus torpes sarracenos, voy á hacerles, sin faltar, una *elegía* en seis trenos.

Al rey del Conglomerado, que bebe pura la leche, voy á hacerle, aunque *me meche*, un sangriento *pareido*.

Al barbilindo Jaque, a sagaz y ardoroso edil, voy á hacerle, por babieca, un *epigrama* sutil.

A la musa, fosca y pésima de los gremios infelices, voy á hacerles ¡qué narices! el regalo de una *décima*.

Al presidente efectivo del Círculo Liberal, voy á hacerle, por esquivo, un jugoso *madrigal*.

Al voraz forasterismo, que es un peligro pa pable, voy á hacerle interminable, una *silva*, "El ostracismo".

Al pupilo de la Aljorra, y á otros cómicos sujetos, voy á hacerles con mi *potra* una *epístola* en tercetos.

Y al demócrata sin tacha, jefe del harka futuro, voy á hacerle, aunque me empache, un *epítamo* impuro.

Y á tí, lector indulgente que ries mis *humoradas*, voy á hacerle en seis jornadas, un *drama*: "El inconsecuen- te."

X. Y. Z.

El mitin de anoche

En el elegante coliseo de la plaza del Rey celebró anoche el partido liberal conservador su anunciado mitin para hacer la presentación de los candidatos á las concejalías que ha designado dicha fracción política.

A la hora indicada ocupó la presidencia el Excmo. Sr. D. José Maestre diputado á Cortes por esta circunscripción y jefe del partido liberal conservador, teniendo á su derecha al exdiputado conservador. Excmo. Sr. don Angel Moreno y á su izquierda el Excelentísimo Sr. D. Luis Angosto ex senador.

También tomaron asiento en los si-

tios de preferencia el general de Ingenieros don Francisco Ramos Bascaña, los ex-alcaldes de esta ciudad don José Antonio Sánchez Arias y don Mariano Sanz, el ex-presidente de la diputación provincial don José Lizana, el presidente de la Juventud conservadora el ilustrado letrado don Eduardo Espín y los candidatos señores Zapata, Gaivache, Lozano, Gallud, Orduña, Mínguez Molero y Tapia.

El escenario estaba completamente ocupado por distinguidas personas que militan en dicho partido.

Al presentarse la presidencia con su numerosa comitiva fué saludada con una estruendosa ovación que le tributó el público que ocupaba por completo el citado coliseo.

Inauguró el acto el Sr. Maestre, y como en hoja separada que repartimos con este número se insertan integros todos los notables discursos pronunciados, no los detallamos en esta sección.

Al terminar el acto, los concurrentes cuyo número no podemos calcular, acompañaron hasta su casa al señor Maestre, debiendo hacer constar que el orden que guardaron aquellos centenares de personas fué grande, contrastando esta corrección con la que á diario se viene presenciando con los concurrentes á otros mitins políticos.

El Sr. Maestre recibió cartas de cariñosa adhesión al acto de anoche de don José Carlos Roca, don Ramón Cendra, don José M.º Pelegrín y don Luis Gallinosa; y telegramas de todos los puntos de esta circunscripción.

Las negociaciones

Madrid 11-9 m.

Dicen de Londres que una persona importante enterada de las cuestiones internacionales, ha declarado que las negociaciones franco-españolas tardarán en empezar.

Antes irá Geoffray á Paris para recibir instrucciones.

Francia no quiere emperzarlas hasta que se ratifique el acuerdo franco-alemán.

Solo lo ha ratificado Italia y Rusia.

Parece que Inglaterra se niega á ratificarlo.

Cuento del sábado

LA CODORNIZ

Era un verano; vivía yo entonces con mi padre en una ciudad de la Rusia meridional. A nuestro alrededor, en muchas leguas de distancia, no había más que estepas. Ni bosques, ni arroyos, ni valles pocos profundos alfombrados de ramaje y verduras, extendíanse por todas partes.

Mi padre era cazador de pura sangre; así que sus trabajos consentíansele, cogía la escopeta, se ponía el morral, silbaba al viejo "Tesoro" y se marchaba á cazar codornices.

A menudo me dejaba acompañarle en estas cacerías y, loco de contento, encerraba yo mi pantalón adentro de las polainas, echaba mi cantimplora á la espalda y ya me parecía que era un verdadero cazador. El sudor me inundaba; pero no sentía la fatiga ni me separaba de mi padre un solo paso.

Cada vez que sonaba un tiro y el animalito caía, saltaba yo exhalando gritos de placer. El pájaro agitaba sus alas, y ya en la boca de "Tesoro", su sangre corría y yo estaba encantado, sin experimentar el menor sentimiento. ¡Cuánto hubiera dado por tirar yo mismo y matar así perdices y codornices! Pero mi padre no quería que yo tuviera fusil hasta la edad de doce años, y aún había que esperar.

Un día, salté de casa con mi perro "Tesoro" que, como siempre, iba delante, se puso en acecho; de pronto, casi debajo de sus narices, saltó una codorniz; el perro corrió tras ella y mi padre no se atrevió á tirar por temor de alcanzarle. De pronto le vi dar un salto, coger la codorniz y traérsela á mi padre. Éste la cogió y la puso sobre su mano boca arriba; yo me precipité hacia él y le dije:

—¿Qué tiene? ¿Está herida?

—No—me respondió—pero su nido debe estar cerca y finge para que el perro, pensando cogerla fácilmente la siga y no la alcance.

—¿Y por qué hace eso?

—Para alejar al perro de sus pequeños, después de lo cual se hubiera marchado de un vuelo. Pero esta vez le ha salido mal la cuenta porque "Tesoro" la ha agarrado bien.

—Entonces ¿no está herida?

—No, pero vivirá poco; el perro debe haberla lastimado.

Me acerqué para ver la codorniz de cerca: estaba inmóvil sobre la palma

de la mano de mi padre; su cabeza colgaba; su ojo negro me miraba de costado. De pronto me entró una gran lástima. Parecíame que el pobre animalito me miraba y pensaba: "Por qué me matan? ¿Por qué? ¿No he cumplido con mis deberes? Yo intentaba salvar á mis hijitos llevando al perro lejos de ellos y me ha cogido. ¡Pobre de mí! ¡Pobre de mí! ¡Esto no es justo no; esto no es justo!"

—¡Papá! Puede ser que no se muera decía yo.

Mi padre me respondió.

—Sí; mira, y verás como se muere. Efectivamente, sus patitas se estremecieron, todo su cuerpo se estremeció y se cerraron sus ojos. Yo me eché á llorar.

—¿Qué te pasa?—me preguntó mi padre.

—Tengo pena... —le respondí.— Ella ha cumplido con su deber y se le mata.

—Ha querido echársela de astuta—dijo mi padre;—pero "Tesoro" ha sabido más que ella.

Mi padre quiso meter la codorniz en el morral; yo le rogué que me la diera. Le pude entre mis manos y la calentaba con mi aliento esperando que reviviese; pero no se movió más.

—Pierdes el tiempo, hijo mío: no has de resucitarla.

Yo le levantaba despacito la cabeza cogida por el pico; pero así que la soltaba volvía á caer.

—Papá, ¿quién alimentará á sus hijos?

—No te inquiete eso—dijo mi padre: los criará el macho. Más, espera... Mira á "Tesoro" que se pone en acecho. ¿Si sería el nido? ¡Sí! ¡Ese es!

Efectivamente, entre los tallos, de hierba, á dos pasos del hocico del perro, vi cuatro pequeñas codornices que se estrechaban unas contra otras con el cuello tendido; respiraban tan aprisa que parecía que temblaban. Ya tenían algunas plumas, pero las colas eran muy cortas aún.

—¡Papá, papá!—grité.— ¡Llévame á "Tesoro" que los va á matar también!

Mi padre llamó al perro, fué á sentarse un poco más lejos y se puso á almorzar. Yo me quedé cerca del nido, rehusando comer; saqué del bolsillo el pañuelo y metí la codorniz...

—¡Mirad, pobres huérfanos, á vuestra madre que se ha sacrificado por vosotros!

Los pequeños, como siempre, respiraban rápidamente y palpitaba todo su cuerpo.

Me acerqué á mi padre y le dije: —¿Me regalas la codorniz?

—No, pardiéz, y agrádzco tu celo. ¿Cuál es tu ocupación?
—Al presente ninguna, pues por sus malos tratamientos he dejado el servicio de un grosero hidalguillo de gotera (1) que vive en Pozo-Estrecho. Quería tratarme como á esclavo, siendo, á Dios gracias, libre.
—¿Quieres entrar á mi servicio?
—¿Que si quiero? Si por beber á su merced pagaría yo dineros. Más... ahora que recuerdo...
—¿Qué, ¿te arrepientes?
—¿Arrepentirme? no señor; es que...
—Habla, en nada repares.
—¿Podría saber hacia donde camina su merced?
—Ahora no sabría yo decírtelo: Iré por donde vaya esa señora.
—La que va en la litera?
—La misma, sí; ¿qué me respondes?
—¡A briciás, caballero! Cuerte conmigo su merced; esa señora va á Valencia y tengo allí parientes á quienes quiero mucho y deseo ver.
—¿Y cómo sabes eso?

(1) El que solo gozaba de la calidad de hidalgo en el pueblo en que tenía su hogar, la cual perdía al abandonar aquel.

se encontraban fuera de peligro.
Uno de los tres jóvenes era hijo del señor de aquel estado, D. Diego de Rique me Este joven hidalgo, con las frases mas finas y galantes, invitó á la morisca á pasar al castillo de su padre para tomar descanso y reponerse del fracaso de que acababa de ser víctima; pero la ahijada Estrella le increpó con dureza apostrofándole del modo mas vil lento, porque él y sus amigos habían dado lugar, con su carrera estrepitosa é infernal gritería, (tales fueron las frases de la joven) al incidente peligroso de que habían escapado por milagro.
Dispuesto estaba el caballero á darle sus excusas, cuando una de los jóvenes que estaban en su compañía, fijóse en la morisca de una manera impertinente, y con acento lleno de dardén se dirigió á Riquelme de este modo:
—Inútil es Gonzalo, que tratéis de ofrecer vuestras excusas á esa... andariega dama. Yo por mi parte, no lo haría, pues habéis de saber que la tal... dama, es el vastago ilustre de un morisco. La conozco muy bien; la ví una vez en Cartagena cuando quemó á su hermano el Santo Oficio por mahometano y asesino.
Suspendidos quedaron los hidalgos y vacilaron un momento; pero dueños de sí fallaron con justicia en sus conciencias en el desguisado de su compañero.

de que siguió las huellas de sus pasos.
Al llegar al lugar del Alhujón hizo un alto y agoró la litera.
Sin duda, la morisca, se quiso asegurar de si seguía sus pasos el importuno mosquetero.
El negro supeció su marcha el hizo señal al caballero, que esperó á que marchara nuevamente.
Continuó á poco la irer por el camino del Nordeste, que después del poblado de Balsicas, iba á cruzar la sierra de San Pedro.
Antes de entrar en ésta, y al cruzar por las tierras de Riquelme, cual si fuera una tromba empujada por rudo torbellino tres jóvenes hidalgo precedidos de galgos corredores que seguían á una liebre, cruzaron á caballo ante las mulas del vehículo.
El ruidoso tropel de las coqueles, los agudos ladridos de los perros y las excitaciones ardorosas de los entusiasmos cazadores, causaron tal espanto en las acémilas, que en su terror corrieron desahogado hasta llegar á una barraca.
Volcóse la litera resonando dos gritos de las señoras que iban dentro.
En vista del fracaso, acudieron los jóvenes hidalgos para prestar auxilio á las señoras; pero cuando llegaron era tarde: con sus solos esfuerzos Estrella y su criada, habían salido del vehículo y